



Telas, harina y papel

La Senda de los Molinos recorre las riberas del Eresma a su paso por Segovia



Galería porticada de la iglesia de San Lorenzo.

de los que apenas quedan ya cuatro piedras a punto de ser engullidas por una vegetación tan feraz que en vez de urbana parece tropical. Así de enmarañado o saltarín se presenta este tramo de un Eresma que durante muchos siglos se constituyó en la fuerza bruta que movía la industria de una de las ciudades más pujantes de España.

El inicio del recorrido hay que buscarlo en la Vía Roma de la capital segoviana, a la altura de la antigua fábrica de Loza y, si se baja desde el Acueducto, antes de cruzar el puente sobre el Eresma. En ese punto, la calle Camino de la Presa arranca de la rotonda para dirigirse, hacia abajo, a las orillas del río. La calle termina en una plaza, donde da comienzo la senda. Antes, una pasarela de madera invita a echar el primer vistazo a este Eresma agreste que estamos a punto de descubrir. Junto a la pasarela se encuentra también el inicio de la Cacería de Regantes de San Lorenzo, el sistema de canales que desde la Edad Media toma las aguas del río para distribuir las entre las abundantes huertas que siempre tuvo Segovia a sus pies.

Según la documentación que acompaña el recorrido, el aprovechamiento industrial del río Eresma a su paso por Segovia comenzaba con el martilleo de los batanes que se situaban en la parte alta del cauce, desde la entrada del río en el término municipal hasta el barrio de San Lorenzo. Desde este, que es donde ahora da comienzo la senda, hasta la Alameda del Parral se ubicaron la mayor parte de molinos de pan que, andando el tiempo, con la Revolución Industrial, acabaron por convertirse en fábricas de harina. Del Parral hacia abajo se situaron las industrias del papel y la Casa de la Moneda.

La primera parada

La primera parada del recorrido se realiza a unos pocos metros del inicio, junto a la fachada lateral de la vieja Fábrica de Loza y el puente sobre el Eresma. La cochambre de hoy dice muy poco de la delicadeza y finura de las piezas que se producían en su interior. La fábrica vino a ocupar, en 1861, el lugar de una fábrica textil que antes había sido un batán propiedad del Cabildo catedralicio. En ella tuvo su taller el ceramista Daniel Zuloaga y su producción llegó a estar entre las primeras de España. Cerró su puertas en 1992. Junto al puente también puede verse el arranque en superficie de la Cacería de Regantes, que aparece protegida por un chapa troquelada con un motivo inspirado en una colección de llaves del Museo de Segovia.

A la altura de la gigantesca chimenea de la fábrica, huér-

Igual que hoy lo es el petróleo, hubo un tiempo en el que el agua era el fluido que movía el mundo. Durante muchos siglos el agua fue el elemento indispensable para desarrollar la fuerza sobrehumana que ponía en movimiento maquinarias fantásticas, hacía posible la supervivencia sobre el planeta y facilitaba el progreso. Su capacidad de empuje no tenía rival a la hora de hacer girar ruedas gigantes o levantar mazos que no sujetarían ni un segundo un millar de hombres con la respiración contenida. Sin esa fuerza ni el ingenio puesto

para aprovecharla, la humanidad seguiría ahora en la Edad de Piedra: haríamos el pan sin harina, los animales no sabrían lo que son los pienso y no tendríamos ni idea de lo que es un trapo o una hoja de papel.

Por eso, en la fundación de cualquier núcleo urbano fue siempre fundamental tener en cuenta el discurrir cercano del agua. Y no solo para beber. Sobre todo para plantar junto a su cauce la ristra de ingenios hidráulicos que convertían en una tarea industrial faenas en las que el hombre empleaba, si podía reali-

zarlas, ingentes cantidades de tiempo. Los molinos harineros nunca faltaban. Hasta el pueblo más pequeño contaba siempre con algún molino cerca del que echar mano para sus moliendas. Con el tiempo, se fueron sumando otros artilugios en los que el agua ponía la fuerza bruta y el ser humano el ingenio: como los batanes, formados por enormes martillos que golpeaban, desengrasaban y daban consistencia a los paños; pero también ferrerías, fraguas o, ya más tarde, fábricas de papel o turbinas eléctricas. Y así fue hasta que, precisamente,

la llegada de la electricidad y la posibilidad de transformar esa fuerza bruta en una energía que podía transportarse hasta los lugares más remotos, puso fin a la industria movida por agua.

A no más de un kilómetro en línea recta del Acueducto, un sendero fluvial recorre las orillas del Eresma para repasar la historia semiolvidada de aquella revolución industrial en Segovia. Es así como una ristra de paneles bien documentados ayudan a poner sobre el terreno el lugar que ocuparon antiguas fábricas de papel o loza. O viejos molinos

RUTAS CON ENCANTO
**LA SENDA DE
LOS MOLINOS**

JAVIER
PRIETO



✉ info@javierprietogallego.com